

GIORGOS SEFERIS, PREMIO NÓBEL DE LITERATURA 1963

por JORGE TEILLIER

Se esperaba en Chile con expectación desacostumbrada la entrega del Premio Nobel de Literatura. Pues este año, más que en los anteriores, los comentarios de la prensa europea señalaban a Pablo Neruda como uno de los más seguros postulantes. Los académicos suecos, sin embargo, prefirieron a Giorgos Seferis, elección a primera vista desconcertante. ¿Quién es ese señor Seferis?, era el comentario de estos días.

Por nuestra parte, ya que no a Neruda —poeta que según *The Times*, de Londres, es el único entre los poetas vivos de hoy cuyo ámbito geográfico del interés se extiende por el mundo entero “desde su Chile natal hasta la China”—, ¿por qué no se concedió este Premio Nobel, pensamos, a poetas de órbita más universal, como Ezra Pound, Ungaretti, Carl Sandburg, entre otros? (Y no nombramos a André Breton, ya que por esencia su obra y su personalidad es desdeñosa de un premio de esta especie, y de cualquier premio).

Poco sabemos todavía de Seferis, fuera de los escuetos datos biográficos del cable: que nació en Esmirna, en 1900, se instaló en Grecia, en 1914, estudió en París hasta 1924, y luego hasta 1962 fue miembro del servicio diplomático griego. El Premio Nobel, que parece concederse a veces con algunas razones políticas, ama la diplomacia. El diplomático Giorgos Seferiades esconde al poeta Seferis, así como el diplomático Alexis Lèger escondía al poeta St. John Perse.

De buenas a primeras, es difícil que el nombre de Seferis, aun en nuestros medios conocedores, dijera algo. De la literatura neohelénica es el nombre de Kazantzakis, el que más circula. Claro está, más por sus novelas que por sus poemas aún desconocidos entre nosotros. (Sin embargo, algo hemos podido ver: la “Odisea” —su obra capital— fue traducida al inglés por Kimón Friar, en Antofagasta, hace unos pocos años).

Pero Seferis era un nombre de oídas, por lo menos. Y a través de una buena recomendación: la del singular Henry Miller, el que en esas inolvidables páginas plenas de sol y mar del “Coloso de Marusi” nos presenta una efigie irremplazable:

“El hombre que ha atrapado este espíritu de eternidad que se encuentra en Grecia por todas partes y que lo ha trasplantado a sus poemas es Giorgos Seferiades, cuyo seudónimo literario es Seferis. Sólo conozco su obra por traducciones, pero aunque no hubiera leído su poesía diría que éste es el hombre destinado a transmitir la llama poética. Seferiades es más asiático que cualquiera de los griegos que he conocido. Originariamente es de Snyrna, pero ha vivido muchos años en el extranjero. Es lánguido, vital, y capaz de realizar sorprendentes proezas de fuerzas y agilidad. Es árbitro y conciliador de opiniones y de formas de vida opuestas. Plantea innumerables preguntas en un idioma poligloto, se interesa por todas las formas de expresión cultural, e intenta abstraer cuánto las épocas todas tienen de auténtico y fecundo.

Tan relevante elogio no es, por supuesto, de desdeñar, cuando viene de un escritor repulsor de toda falsa "literatura" (en el sentido peyorativo de la palabra) como lo es el autor de los "Trópicos". Si Henry Miller en su "Coloso de Marusi" (1941) escribía estas líneas sobre el poeta, quiere decir que él es digno de atención, y que sólo nos es desconocido por nuestro aislamiento cultural en este extremo austral del mundo. Pero la concesión del Premio Nobel, acarrea, por lo menos, el beneficio de que, más allá de los intereses meramente comerciales, los editores divulguen autores que sin este galardón difícilmente pasarían de una lengua a otra. Así, a través de Seferis, esperamos conocer la valiosa poesía neohelénica, en donde brillan Costas, Palmas, Dyonisos Salomos o Kavafis.

Mientras tanto, entregamos aquí en el Boletín, dos poemas de Seferis. Uno de ellos traducido en 1961 por el poeta mexicano Jaime García Terrés, directamente del griego. El otro, del griego al inglés, y del inglés al castellano por el poeta chileno Armando Uribe. Es posible ver en ellos lo que dice Henry Miller: "Sus poemas parecían joyas, haciéndose cada vez más compactos, más densos, centelleantes y reveladores. Su natural flexibilidad respondía a las leyes cósmicas de la curvatura y la finitud. Había dejado de saltar en todas direcciones: sus versos imitaban el movimiento circulante del abrazo. En él comenzaba a madurar el poeta universal a fuerza de enraizarse apasionadamente en el suelo de su tierra".

HELENA

Teucro: ... a la marina Chipre, donde el oráculo de Apolo mi residencia decretó, mandando que impusiera a la ciudad el nombre de Salamina, tierra en que nació.

Helena: Jamás estuve en Troya, sólo un fantasma estubo.

Mensajero: ¿Cómo?

¿Batallamos allí por una simple nube?

(Eurípides, Helena)

"Los ruiseñores no te dejarán dormir en Platres".

Timido ruiseñor, en el aliento de las hojas,
tú que regalas música bañada
por el rocío de los bosques
a cuerpos desunidos y a las almas
de quienes saben imposible su regreso.
Giega voz, en la nocturna memoria revol-

[viendo

pisadas, ademanos —no diré besos—
y los acres jadeos de la bárbara sierva.

"Los ruiseñores no te dejarán dormir en Platres".

¿Y Platres, qué? ¿Quién conoce esta isla?
He vivido mi vida oyendo nombres nunca
[oídos antes:
nuevos lugares y locuras nuevas de los hombres
y de los dioses;

mi destino oscilante

entre la última estocada de un Ayax
y el hallazgo de otra Salamina
me traje aquí, a esta playa.

La luna

se levanta del mar como Afrodita;
desvanece los astros del Arquero, ahora as-
[ciende
al corazón de Scorpio, y todo así transforma.
¿Dónde está la verdad?

Arquero fui también cuando la guerra;
mi suerte es la de un hombre que erró el
[blanco.

Ruiseñor melodioso,
en una noche como ésta sobre las playas de

[Proteo,
te escuchaban las jóvenes esclavas espartanas
y alzaron su lamento,
y entre ellas estaba —¿quién lo pensara,
[quién!— Helena.

Ella, buscaba tantos años en aquel Escaman-
[dro por nosotros.

Estaba en las orillas del desierto; yo la toqué,
[me habló:

“No es verdad, no es verdad” —dijo gritando.
“Yo no abordé jamás el barco azul.
Nunca pisé la tierra vavonil de Troya”.

Ceñido el pecho, el sol en sus cabellos, en-
[hiesta la figura,

las sombras y sonrisas dondequiera
en sus hombros y muslos y rodillas;
viva la piel, y con aquellos ojos
de pestañas enormes,
estaba allí, sobre los bancos de un Delta.

¿Mas en Troya?

En Troya, nada —un fantasma.
Así lo dispusieron las deidades.

Con una sombra yace París, cual si fuera só-
[lida;

y nosotros matámosnos los unos a los otros por
[Helena

durante diez inmensos años.

Grave dolor había llovido sobre Hélade.
Tantos cuerpos lanzados

a las fauces del mar, las fauces de la tierra;
tantas almas

trilladas cual espigas en piedras de molino.
Los ríos exudaban entre el lodo la sangre

por una ondulación de lino, por una nubecilla,
un aletear de mariposa, por la pluma de un

[cisne,

una prenda vacía, por una Helena.

¿Y mi hermano?

Ruiseñor, ruiseñor, ruiseñor,
¿qué cosa es Dios? ¿qué cosa no lo es? y en me-

[dió de ambas cosas?

“Los ruiseñores no te dejarán dormir en Pla-
[tres”.

Medroso pájaro,
en Chipre la besada por el mar,

en donde fue su voluntad que me acordase
[de mi patria,

yo sólo mis amarras eché, con esta fábula,
si fábula es la mía,

si en verdad ya los hombres no acogerán de
[nuevo

el viejo engaño de los dioses;
si en verdad

al correr de los años otro Tεucro, o Priamo,
[alguna Hécuba

o alguien desconocido, anónimo, pero que hu-
[biese visto

un Escamandro con aquellos aluviones de ca-
[dáveres,

no estuviere llamado fatalmente
a oír al emisario que descubre

cómo tanto dolor y tanta vida
se despeñaron al abismo
por una prenda vana, por alguna Helena.

Giorgos Seferis

(Traducción directa del poeta mexicano
Jaime García Terrés)

INTERVALO DE GOZO

Durante toda la mañana estuvimos contentos,
Dios mío, qué contentos,

las piedras y las hojas y las flores brillaron
primero y luego el sol,

un vasto sol de púas, pero tan alto sobre el
[cielo.

Una ninfa juntaba nuestras preocupaciones y
[las colgaba

de los árboles,

un bosque de árboles de Judas.
Sátiros y cupidos cantaron y jugaron,

miembros rosados fueron vistos entre oscuros
[laureles,

la carne de los jóvenes.

*Durante todo el día estuvimos contentos;
el abismo era un pozo cerrado
y el delicado pie de un fauno joven lo pisaba;
tú recuerdas su risa? ¡qué contentos estába-*

[mos!

Cayó entonces la lluvia de las nubes y hume-
[deció la tierra,

*dejaste de reír, reclinando en la choza,
y abriste grandes ojos y miraste
al arcángel blandiendo sus espadas.*

*"Yo no puedo explicarlo, dijiste, yo no puedo,
no entiendo al hombre, el hombre
por más que juega con la luz
siempre está oscuro".*

Giorgos Seferis

*(Traducción de Armando Uribe, del
Centro de Investigaciones de Literatura
Comparada, según la versión del griego
al inglés de Kimon Friar)*

ENVIOS DE EDITORIALES

(De la página 59)

ambientes de la más diversa condición. Se trata de un cuentista imaginativo, para quien vale por sobre cualquiera virtud realista de la acción, el ambiente y el clima en que se desenvuelve cada historia. Personajes generalmente exóticos, marcados por destinos inciertos, los de sus relatos corresponden muy bien a las influencias que Reyes recibiera de contemporáneos europeos, cuyos nombres no es necesario mencionar, por demasiado citados.

Los cuentos de este libro corresponden a distintas épocas, y dan prueba cabal de las altas dotes de narrador de Reyes, superiores, seguramente, a las que muestra en algunas de sus novelas.

"Ventura de Pedro de Valdivia", del ensayista e historiador Jaime Eyzaguirre, recientemente editado por esta Editorial, ofrece amplio margen al estudioso de la vida de nuestro conquistador eminente, para anotar información inédita y elementos caracteriológicos seriamente investigados, del personaje. Cada capítulo permite al lector adentrarse en los pormenores de la fatigosa labor fundadora de Don Pedro y sus hombres por las entonces inhóspitas aunque feraces tierras de Chile, y las citas que el autor ha desenterrado de los viejos textos valdivianos dan al relato el sabor caballeresco necesario para que el pasado reviva con fresco sabor.

Otros dos títulos del reciente envío que nos hace Zig-Zag son "Páramo salvaje", de María Elena Gertner, y "Chilena, casada, sin profesión", de Elisa Serrana.

M. Elena Gertner escribe con cierta fluidez, a lo que parece, espontánea. El lenguaje, sin embargo, se advierte constantemente más pobre que el relato mismo. Cualquier buen desarrollo en el tejido dramático de su prosa, se ve menoscabado por un lenguaje de conversación callejera... o de tertulia de living-comedor... Se piensa, entonces, que esto que así va escrito, casi nada tiene que ver con la literatura. Muy otra cosa es la sencillez de un lenguaje en la prosa o en la poesía. La sencillez no ha sido nunca pobreza, y constantemente es lo contrario. Si no, ahí tenemos a Baroja, y en el panorama de nuestra literatura, a J. S. González Vera. Lo peor es que la crítica de las grandes publicaciones nacionales sigue levantando talentos por quitame estas pajas, sin sopesar sus juicios de modo que ellos sirvieran a los escritores nuevos de prueba y examen. Resulta a veces penoso leer las solapas de los libros, y encontrarse con la adjetivación desmedida de los críticos "de alto nivel". Con ello pierden los escritores, aunque los críticos ganen en la estimación de aquéllos. ¡Pecato!

Elisa Serrana, en "Chilena, casada, sin profesión", muestra agilidad periodística, y el libro es como una extensa crónica sobre personajes de la fauna internacional que se agrupan en el denominador común de "diplomáticos". La calidad dramática del libro queda circunscrita a lo que puede rendir un relato a base de experiencias muy temporales, pasajeras, sobre todo. Esperemos mucho más de estas dos escritoras, sin embargo.

E. B.